

Reseñas

Jole AGRIMI. *Ingeniosa Scientia Nature. Studi sulla fisiognomica medievale*, Millennio Medievale 36. SISMELE, Edizioni del Galluzzo, Firenze, 2002. ISBN: 88-8450-074-5.

He aquí una acertada reunión de los cuatro artículos que Jole Agrimi (1943-1999) escribió sobre fisiognomía, publicados entre 1993 y 1997, por primera vez juntos en este volumen de homenaje a la estudiosa que dedicó toda su vida académica a la investigación sobre el pensamiento filosófico-científico de la baja Edad Media mientras ejercía la docencia en la Universidad de Pavía.

Los cuatro artículos, que se presentan siguiendo el orden cronológico de aparición, han de ser entendidos como un prelude del libro sobre fisiognomía medieval que la autora planeaba escribir, pero que no tuvo tiempo de llevar a cabo. No obstante, los cuatro trabajos, uno al lado del otro y a pesar de las inevitables reiteraciones que un ensamblaje de estas características comporta, tienen la virtud de presentarnos de manera coherente y ordenada el complejo panorama de la reelaboración de la tradición fisiognomónica griega y árabe que se produjo a partir de los primeros decenios del siglo XIII en Occidente, en los ambientes culturales que, incitados por el descubrimiento y la introducción en los *curricula* universitarios de las obras de filosofía natural aristotélicas, se interesaron por la reconstrucción de un saber científico y la elaboración de una nueva idea de naturaleza.

La lectura de los cuatro artículos de Jole Agrimi nos permite reconstruir el proceso de recomposición de las prácticas fisiognomónicas y de la tradición textual diversa en un único corpus doctrinal, que se inicia en el siglo XII con el redescubrimiento del *De physiognomonia Liber* del Anónimo Latino, un manual del siglo IV d.C. elaborado a partir de los clásicos de la fisiognomía griega que reapareció a principios del siglo XII pero se difundió durante la primera mitad del XIII. El proceso madura en el siglo XIII con la circulación autónoma del segundo tratado del *Liber Almansoris* de Rhazes, la redacción del *Liber phisionomiae* de Miguel Escoto, la difusión del pseudoaristotélico *Secretum secretorum* y de la versión que Bartolomé de Mesina llevó a cabo de la *Physiognomia* pseudoaristotélica. Este último texto deriva de la yuxtaposición de dos tratados escritos en ambiente próximo al Peripatético, aunque de autores diferentes: uno manifiesta intereses filosóficos

y epistemológicos, mientras que el otro obedece a una preparación médica y a una orientación más profesional. El citado proceso se perfecciona más tarde con la *Compilatio phisionomiae* (1295) de Pietro d'Abano y con la redacción de los primeros comentarios a la *Physiognomía* pseudoaristotélica de Gulielmus Hispanus (Guillermo de Aragón) y de Gulielmus de Mirica, así como con la *Expositio* y las *Questiones* elaboradas por Jean Buridan sobre el mismo texto, que coincide en el tiempo con el comentario de Mirica (1342-1352). El recorrido de la fisiognomía medieval se cierra con la redacción del *Speculum phisionomie* (1442) de Michele Savonarola, que actúa de puente entre la cultura medieval y la humanística.

Este sucinto resumen del contenido de los cuatro artículos pone de manifiesto la esencial contribución de Jole Agrimi en el campo de la historia de la fisiognomía. De hecho, las imprescindibles investigaciones, aparecidas el 2001, de Domenico Laurenza (investigador del pensamiento anatómico de Leonardo da Vinci) y de Joseph Ziegler (autor de un importante libro sobre Arnau de Vilanova), son impensables sin los trabajos anteriores de Jole Agrimi, que sabía muy bien cuál era su cuádruple objetivo: reconstruir la trama de la adquisición del pensamiento fisiognomónico grecoárabe, individualizar sus líneas de fuerza en la fase determinante de su desarrollo en Occidente, analizar las aportaciones de los diversos autores, y estudiar las relaciones que la fisiognomía establece con la cultura filosófica y religiosa hasta el inicio de la Edad Moderna. Lo destaca claramente Chiara Crisciani en la *Premessa* que precede a los cuatro artículos de Jole Agrimi. El volumen se complementa con una Tabula Gratulatoria y dos índices, siempre de utilidad: el primero recoge los 62 manuscritos consultados por la autora para llevar a cabo su investigación, el segundo es un índice onomástico. Se echa en cambio en falta una bibliografía unitaria de las referencias apuntadas por Agrimi, un complemento siempre bien recibido en este tipo de libros.

El primer artículo (1993), *Fisiognomica e «scolastica»* (pp. 3-36), aparece dividido en dos partes. En la primera, Jole Agrimi compendia la historia de la fisiognomía medieval, estudiando el proceso de su homologación a la ciencia escolástica, por el cual pasó de ser una técnica de lectura e interpretación del cuerpo humano como texto, a una *ciencia del cuerpo*. Gracias al trabajo de autores como Miguel Escoto, Alberto Magno, Roger Bacon y Pietro d'Abano, que discuten su estatuto epistemológico, la fisiognomía adquiere la categoría de *scientia*. De esta manera, se hace con un lugar autónomo en el pensamiento escolástico, desvinculándose tanto del discurso religioso como del ámbito del *experimentum*, limítrofe con la adivinación y la magia.

Tras exponer brevemente los dos modelos de integración de la fisiognomía en la filosofía o ciencia escolástica (el de Jean de Jandun y el de Pietro d'Abano), que se dan a principios del siglo XIV, en la segunda parte del artículo Jole Agrimi dedica su atención a las cuatro obras que han hecho posible esta institucionalización. En primer lugar, el *De physiognomonia Libellus*, uno de los primeros y más significativos textos de la tradición latina medieval. Después, el tratado segundo del *Liber ad Almansorem* de Rhazes (traducido por Gerardo de Cremona), cuyo apartado de fisiognomía empieza a circular en solitario y con notable éxito en la tradición manuscrita bajo el título de *Physionomia*. A continuación, el *Liber phisionomie* (1230) de Miguel Escoto, dedicado a Federico II Hohenstaufen, que significa la instauración definitiva de la disciplina, entendida como *scientia* natural y moral al mismo tiempo: «ingeniosa scientia naturae per quam cognoscuntur virtus et vitium cuiuslibet animalis». Y para terminar, el *Liber compilationis phisionomie* de Pietro d'Abano, que presenta una organización típicamente escolástica de la disciplina. D'Abano la define como la ciencia de las afecciones naturales del alma y de los accidentes del cuerpo, que se modifican recíprocamente, y cuyas garantías de certeza hay que buscar únicamente en el conocimiento de sus causas.

El segundo artículo (1994) lleva por título *Fisiognomica tra tradizione naturalistica e sapere medico nei secoli XII-XIII, con particolare riguardo alla scuola di Salerno* y es el más breve (pp. 37-56). Agrimi analiza la relación de la fisiognomía con la medicina, centrándose en la Escuela de Salerno, de importancia extraordinaria durante el renacimiento médico y filosófico-natural que se produjo entre los siglos XII y XIII. Por supuesto que la autora no olvida el papel que jugó aquí la corte de Sicilia de los Hohenstaufen, sobre todo la del emperador Federico II (1194-1250), protector de las artes y las ciencias relacionado con Miguel Escoto, y después la de Manfredo (1258-1266), a quien Bartolomé de Mesina dedicó su traducción de la *Physiognomonika* atribuida a Aristóteles.

Aquí Jole Agrimi explica cómo cambia con el tiempo la interpretación de la naturaleza del hombre hasta obtener la categoría de *scientia*: parte de valorar simbólicamente la observación del cuerpo, después convierte los símbolos en signos, más tarde se interesa por los síntomas y, finalmente, lo hace por la investigación de las causas que los producen. Se contraponen en este artículo las dos formas de investigación de la disciplina, la fisionomía (que responde a la visión simbólica del cuerpo) y la fisiognomía (que indaga en las leyes naturales, que precisan una sistematización doctrinaria, lógica y epistemológica). En este sentido vale la pena tener en cuenta la

explicación etimológica de Pietro d'Abano, que confirma la científicidad de la fisiognomía: el término deriva, señala el paduano, de *phisis*, naturaleza, y *nomos*, ley, como decían los griegos. No procede de *phisis*, naturaleza, y *onoma*, nombre, como pretenden algunos.

El tercer artículo (1996), *Fisiognomica: natura allo specchio ovvero luce e ombre* (pp. 57-100), es el más filosófico del volumen. A partir de la metáfora del teatro del mundo y del espejo que Francis A. Yates desarrolló en su indispensable libro sobre el arte de la memoria, Jole Agrimi analiza los cimientos aristotélicos de la fisiognomía, teniendo en cuenta la estrecha relación que establece entre el cuerpo y el alma conectados recíprocamente, de manera que el uno resulta responsable de las afecciones de la otra (pasiones), y viceversa. El aristotelismo se desmarca, evidentemente, de los planteamientos platónicos y pitagóricos (como la teoría de la transmigración) que intentaron definir el alma prescindiendo del cuerpo.

Agrimi trata en estas páginas del debate sobre el alma y la inteligencia de los animales a partir de la psicología y la biología de Alberto Magno, del papel que tuvo el método zoológico en la fisiognomía antigua y medieval, de la importancia del *Speculum phisionomie* de Michele Savonarola (1442), y de la significación del prólogo al comentario de la *Physiognomia* pseudoaristotélica que hizo Gulielmus de Mirica, convenientemente contextualizado en un centro cultural e intelectual de primer orden como lo fue la corte papal de Aviñón, puesto que al papa Clemente VI (1342-52) va dedicada precisamente la obra.

El cuarto y último artículo (1997) *La fisiognomica e l'insegnamento universitario: la ricezione del testo pseudoaristotelico nella facoltà delle arti* (pp. 101-166), analiza en profundidad las obras que intervienen en la constitución de la tradición fisiognomónica latina, que ya hemos visto, con particular atención a la recepción de la *Physiognomia* pseudoaristotélica en la facultad de artes de París durante los años 1275-1286. A continuación, Jole Agrimi estudia con detalle los comentarios de Gulielmus Hispanus y de Gulielmus de Mirica, para pasar al análisis de las dos elaboraciones escolásticas sobre el mismo texto de Jean Buridan: la *Expositio* y las *Questiones*.

Agrimi se refiere también a los modelos de clasificación de la fisiognomía, en el marco de los debates doctrinales que se producen en los círculos académicos entre 1220 y 1275. Así, vemos que Alberto Magno homologa la disciplina con la anatomía, Petrus Hispanus lo hace con la fisiología, Pietro d'Abano con la medicina y la astrología y, finalmente, Jean de Jandun con los «regimina hominum», de manera que se otorga importancia a los valores

morales y a la función política de la fisiognomía, como ya habían propugnado el *Secretum*, Miguel Scoto, Roger Bacon y Pietro d'Abano.

Adquieren así importancia la *utilitas* y la *necessitas* de la ciencia fisiognomónica, que sirve en la baja Edad Media para analizar la naturaleza humana y sus inclinaciones, pero también para activar las oportunas estrategias educativas y para ejercer un control social sobre los individuos. Puesto que el saber fisiognomónico se puede utilizar para corregir comportamientos poco virtuosos, las tipologías fisiognomónicas serán usadas con éxito por moralistas y predicadores en sus discursos. Así mismo, aparecerá un amplio público de cultura media como potencial consumidor de este tipo de textos: el príncipe, sus consejeros, los nuevos señores e incluso aquellos que deben escoger mujer o criados buscarán información en los textos fisiognomónicos.

Excelente idea, pues, ésta de reunir en un volumen los trabajos fisiognómicos de Jole Agrimi, volumen que cumple con creces su doble finalidad: si por un lado constituye un acertado reconocimiento a su obra de investigadora, por otro será un instrumento de gran utilidad a los estudiosos del presente y del futuro.

ANTÒNIA CARRÉ
Universitat Oberta de Catalunya

Girolamo MANFREDI. *Quesits o perquens (Regimen de sanitat i tractat de fisiognomonia, Edició crítica d'Antònia Carré. Barcelona, Barcino [Els Nostres Clàssics, Col·lecció B n° 25], 2004, 314 pp. ISBN: 84-7226-712-1.*

Los regímenes de sanidad, manuales prácticos de higiene destinados a procurar el mantenimiento de la salud, consiguieron gran difusión en los últimos siglos medievales. Un ejemplo notable lo constituye el *Regimen sanitatis ad regem Aragonum*, que Arnau de Vilanova le dedicó en 1305 al rey Jaime II; tratado que se traduciría enseguida al catalán y, después, al italiano, al castellano y al hebreo, lo que da testimonio de su éxito y de su utilidad. Por su parte, en el mismo periodo, los tratados de fisiognomía, que perseguían poder determinar el carácter o la condición psicológica de una persona, a partir de sus rasgos físicos —especialmente de su fisonomía, es decir, el aspecto de su rostro—, también gozaron de excelente popularidad. En ese contexto, el boloñés Girolamo Manfredi (c. 1430-1493), que durante cerca de 30 años regentó una cátedra en la Universidad de Bolonia donde

leía medicina y astrología y que llegó a ser considerado como uno de los mejores astrólogos de Italia, publicó su *Liber de homine. Il perché* (1474), obra compuesta por un régimen de sanidad y un tratado de fisiognomía, que obtuvo en Italia un éxito editorial extraordinario: tres ediciones incunables, doce reimpressiones en el siglo XVI, además de otras once ediciones —más o menos manipuladas— entre los siglos XVI y XVII.

De éstas y otras muchas cosas nos habla Antònia Carré en la introducción con que acompaña su cuidada edición del libro *Quesits o perquens* («cuestiones», «preguntas»). Un trabajo con el que ha venido a demostrar, ya sin ningún atisbo de duda, lo que la propia Carré —y Lluís Cifuentes—, intuían hace unos años, como nos lo hicieron saber: que los *Quesits*, editados en 1499, en Barcelona, por Pere Posa, son la traducción catalana de la obra de Manfredi(1). Una traducción efectuada por un autor desconocido, a partir de la segunda edición italiana de la obra (Nápoles, 1478), atribuida a Alberto Magno. Aclara, así, definitivamente, la falsa autoría de este texto, mantenida durante siglos, y establece su verdadera «filiación».

El libro que tenemos en nuestras manos no es fruto del azar o de la oportunidad —como desgraciadamente sucede con tantas ediciones de textos que aparecen publicadas—, sino que es el resultado de varios años de pesquisas y trabajos, serios y continuados, realizados por Antònia Carré. Así nos lo demuestran las 65 páginas que conforman esa abultada introducción de que hablábamos. Unas páginas que constituyen el necesario marco contextualizador donde encajar el texto editado y en las que, con un notable apoyo de la bibliografía secundaria, se pasa revista a diversos aspectos relacionados con los orígenes del texto y las distintas versiones del mismo, su autor y su traductor, etc. Y se hace, con un estilo sencillo, comprensible, pausado, preciso..., que invita a seguir y seguir leyendo; lo que nos habla, no sólo de las cualidades para escribir que tiene la autora sino, sobre todo, de la soltura y seguridad con las que se mueve por los entresijos del tema del que trata, del gusto que tiene por las cosas bien hechas y de su falta de apresuramiento para llevarlas a cabo.

El estudio introductorio se distribuye en ocho apartados. En el primero de ellos (pp. 9-13), Carré nos proporciona diversos datos sobre Girolamo Manfredi, desde sus orígenes hasta que, por un lado, consiguiera ser profesor

(1) CARRÉ, Antonia, CIFUENTES, Lluís. *Quesits* (Barcelona, Pere Posa, 1499): una traducció catalana desconeguda del *Liber de homine (Il perché)* de Girolamo Manfredi amb filtre napolità. *Arxiu de Textos Catalans Antics*, 2001, 20, 543-560.

de la Universidad de Bolonia, uno de los principales centros universitarios de la época; y, por otro, hasta que se le considerara —ya lo dijimos— como uno de los mejores astrólogos de Italia, de forma que nobles, y menos nobles, se disputaran sus servicios. En definitiva, hasta alcanzar un buen nivel social, con una sólida posición económica; algo que debió intervenir en el género que escogió para varias de sus obras médicas y astrológicas, en la lengua en que las compuso y en la difusión de que se beneficiaron por mediación de la imprenta: el destinatario favorito de Manfredi fue, sin duda, un público culto, pero sin formación universitaria; desconocedor, por tanto, del latín, pero ávido de conocimientos de todo tipo, entre los que se encontraban, desde luego, los de la nueva medicina racional.

En los apartados segundo (pp. 13-31) y tercero (pp. 31-40), se hace la descripción de la obra y se rastrean sus posibles orígenes, tanto en lo que se refiere a los regímenes de sanidad, como en lo que atañe a los tratados de fisiognomía, para terminar presentando *Il perché* de Manfredi, como un «libro de problemas»; género éste cuya historia comenzó con los *Problemata* pseudoaristotélicos (s. V o VI d. C.) y que, con su implantación progresiva como método didáctico en las universidades medievales, llegaría a convertirse en expresión práctica habitual de la ciencia y de la didáctica escolásticas. ¿Se sirvió Manfredi de alguna hipotética colección latina de problemas, que habría «manejado» un poco a su conveniencia para elaborar su obra? ¿De dónde sacó la idea de unir en un solo volumen un regimiento de sanidad y un tratado de fisiognomía? Éstas y otras preguntas se las plantea aquí Antônia Carré y trata, a partir de hipótesis elaboradas con todos los datos que ha podido allegar, de darles respuesta.

En el apartado cuarto (pp. 40-45) se examinan los rasgos estilísticos de la obra. Teniendo en cuenta el público al que se dirigía, era necesario, además del uso de la lengua vulgar, la incorporación de procedimientos diversos que le hicieran a ese público más atractiva la lectura del libro, a la vez que le ayudaran a asimilar su contenido. Entre ellos se encontraban, por ejemplo, la adopción del conocido sistema de preguntas y respuestas, fórmula clásica de la divulgación medieval; el empleo de estructuras silogísticas que le permitieran al lector ir extrayendo las conclusiones de forma sencilla y natural; o la utilización de comparaciones y metáforas, que le llevaran a relacionar conceptos difíciles de aprehender con realidades cercanas, de la vida cotidiana. A lo anterior se añadían la ausencia de tecnicismos complejos, la falta de disquisiciones teóricas enrevesadas y de citas de autores, tan típicas en otros libros, etc.

Los apartados quinto (pp. 46-49) y sexto (pp. 49-60), dedicados a las ediciones y versiones del *Liber de homine* y a la traducción catalana, respectivamente, constituyen en realidad un interesantísimo análisis sobre el mecenazgo de la producción de obras, originales y traducidas; sobre los traductores y su oficio; pero, especialmente, sobre el negocio editorial y los cambios que podía sufrir una obra —desde su título a su contenido, pasando por su estructura— para conseguir mayor popularidad, que se traduciría en aumento del número de ventas, o para eludir la acción de la censura, por ejemplo. Unos cambios que podían afectar, incluso, al nombre del autor, cambiándolo por otro más conveniente o silenciándolo, por las razones que fuere.

Por último, en los apartados séptimo (pp. 60-72) y octavo (pp. 72-73), se exponen los rasgos más sobresalientes de la traducción catalana, tales como la fidelidad y la precisión de la traducción, los cambios de orden, el uso de glosas y de sinónimos, las supresiones, los italianismos, los errores de lectura o de interpretación..., así como los criterios seguidos por Carré para editar el texto. Y, a continuación (pp. 75-250) se presenta la edición de la versión catalana de la obra de Girolamo Manfredi, *Quesits o Perquens*, que contiene una primera parte —el *Régimen de sanidad*—, dividida en seis capítulos y, una segunda —el *Tratado de fisiognomía*—, estructurada en trece. Capítulos llenos de consejos contra los excesos en el comer y el beber o sobre las excelencias del ejercicio físico, por ejemplo, que en esta nueva era que vivimos de culto al cuerpo, no sólo mantienen toda su vigencia, sino que quizá la tienen más que nunca.

Lo anterior se completa con una extensa bibliografía y con dos glosarios —uno, de términos médicos y, otro, de términos generales—, así como de un listado de términos referentes a los alimentos; glosarios de especial interés, sobre todo el primero de ellos, como fuente de materiales para la elaboración de un futuro diccionario de términos científicos o médicos, del catalán medieval, que vendrá a contribuir a la mejora de nuestro conocimiento sobre las lenguas romances medievales de la ciencia, en la línea de lo que van haciendo repertorios como el DETEMA o el DMF (2).

Un trabajo, en definitiva, completo, impecable en todos sus términos, que les será útil tanto a los historiadores de la lengua y la cultura catalanas,

(2) DETEMA: HERRERA, M. T. (dir.). *Diccionario español de textos médicos antiguos*, 2 vols., Madrid, Arco Libros, 1996. DMF: JACQUART, D.; THOMASSET, CL. (dirs.). *Lexique de la langue scientifique. Matériaux pour le Dictionnaire du Moyen Français*, Paris, Klincksieck-CNRS, 1997.

como a los de la ciencia hispánica. Pero no queremos considerarlo como completamente terminado, aunque en él no quede ningún cabo suelto: sabemos que Antònia Carré tiene en proyecto editar también la traducción castellana del *Liber de homine*, realizada por Pedro de Ribas y publicada en Zaragoza, en 1567. Cuando así lo haga, que esperamos sea cuanto antes, será cuando se cierre al fin el círculo de esta interesante historia.

BERTHA M. GUTIÉRREZ RODILLA
Universidad de Salamanca

William R. NEWMAN. *Promethean ambitions: Alchemy and the quest to perfect nature*, Chicago, Chicago University Press, 2004, xvi + 333 pp. ISBN: 0-226-57712-0.

William R. Newman, profesor del departamento de historia y filosofía de la ciencia de Indiana University (EE.UU.), es sobradamente conocido por haber publicado algunas de las más importantes obras sobre historia de la alquimia de los últimos años. Su tesis doctoral fue una edición crítica y comentada de una obra atribuida a Geber (*The Summa Perfectionis of Pseudo-Geber*, Leiden, Brill, 1991), donde ofrecía muchas pistas sobre lo que fueron sus trabajos posteriores: las imágenes corpusculares de la materia en el pensamiento alquímico, la relevancia de las prácticas experimentales de los alquimistas, la crítica de la interpretación idealista de la tradición alquímica, la aclaración de la pluralidad de corrientes que convivieron en la alquimia occidental, etc. Su segundo libro, ahora recientemente reeditado (*Gehennical Fire: The Lives of George Starkey ...*, 2ª ed., Chicago, University Press, 2003), estuvo dedicado a la vida de George Starkey, un alquimista norteamericano que escribió, con el seudónimo de Eirenaeus Philalethes, un gran número de obras que alcanzaron una fuerte difusión, hasta el punto que llegó a influir en destacados personajes de la revolución científica. En otro de sus libros recientes (*Alchemy Tried in the Fire...*, Chicago, University Press, 2002) ha analizado con más detalle los cuadernos de laboratorio de George Starkey así como sus relaciones con las investigaciones de Van Helmont y Robert Boyle, para lo que ha contado con la colaboración de Lawrence Principe, autor también de importantes estudios sobre la alquimia, en particular, de un conocido libro sobre Robert Boyle (*The Aspiring Adept: Robert Boyle and his Alchemical Quest*, Princenton, University Press, 1998). Ambos autores preparan una edición crítica de los cuadernos de laboratorio y correspondencia científica de Starkey (*George Starkey. Alchemical Laboratory Notebooks and Corres-*

pondence, Chicago, University Press, en prensa) que constituyen una de las fuentes más importantes para conocer las prácticas experimentales asociadas a la «chymistry» de los siglos XVI y XVII. Con el uso de esta graffa arcaica, que podría traducirse por sus equivalentes en el castellano del siglo XVII («chymica», y más tarde, «chímica»), ambos autores pretenden superar la ambigüedad y las confusiones que comporta el uso de las palabras «alquimia» y «química» para describir los conocimientos y las prácticas de laboratorio de ese período (véase por ejemplo, su excelente discusión en «Alchemy vs. Chemistry, The Etymological Origins of a Historiographic Mistake». *Early Science and Medicine*, 1998, 3, 32-65). Newman y Principe han colaborado en otras empresas colectivas que han permitido renovar diversos aspectos de la historia de la alquimia. Entre sus principales caballos de batalla se encuentra la crítica de la interpretación mística de la alquimia, originada en la obra de escritores ocultistas y teosóficos de la segunda mitad del siglo XIX y posteriormente difundida, con diversos matices y modificaciones, en los trabajos del psicoanalista Carl Gustav Jung y del historiador de las religiones Mircea Eliade. Newman y Principe han afirmado que, al margen del papel que se le otorgue al simbolismo alquímico y sus relaciones con corrientes místicas y religiosas, resulta necesario revisar el escaso papel que se ha otorgado a las prácticas alquímicas en la historia de la experimentación. La identificación de la alquimia con el pensamiento mágico y el ocultismo, sin tener en cuenta sus componentes experimentales y tecnológicos, ha llevado al extremo de excluir su presencia en las historias generales de la ciencia, tal y como puede comprobarse incluso en obras recientemente publicadas en nuestro país. Por el contrario, Newman y Principe abogan por una reconsideración, desde diferentes puntos de vista y con nuevas fuentes, de las características y el valor de las complejas operaciones desarrolladas por los alquimistas en sus laboratorios.

Promethean Ambitions recoge muchas de las nuevas conclusiones sobre la historia de la alquimia a través del hilo conductor que ofrece el debate en torno a la relación entre arte y naturaleza. Newman pretende presentar así, con rigor, los problemas de la alquimia —sin «the detritus of misleading scholarship», según la pulcra expresión del autor— y conectarlos con cuestiones de interés actual. Se trata, por lo tanto, de un proyecto muy ambicioso que se dirige a un público lector amplio, más allá de la limitada comunidad de historiadores de la ciencia medieval y renacentista. Con este propósito, el libro comienza estableciendo posibles conexiones entre la polémica actual sobre la clonación y los debates alquímicos acerca de la posibilidad de producir artificialmente seres de la naturaleza. De este modo, el recorrido histórico se abre con varios papiros procedentes de Egipto y

se cierra con imágenes utilizadas en las campañas contra la reproducción asistida en EE.UU. Sin embargo, la mayor parte del contenido de la obra gira en torno al período de la historia de la alquimia que Newman conoce mejor: desde la alquimia bajomedieval y renacentista hasta las investigaciones de Francis Bacon y Robert Boyle en el siglo XVII. Tras una pequeña —y quizás insuficiente— incursión en la alquimia árabe, que queda limitada a su influencia en las traducciones latinas a través principalmente de la obra de Avicena, Newman inicia su recorrido por las obras de Alberto Magno, Tomás de Aquino y otros autores bajomedievales que le conducen a analizar las relaciones entre la alquimia con el pensamiento eclesiástico y la brujería, a través del análisis de los argumentos a favor y en contra de la transmutación alquímica. El «giro religioso» que dieron los alquimistas del siglo XIV, con la adopción progresiva de símbolos y expresiones de origen religioso en sus textos, les condujo a involucrarse en el territorio guardado celosamente por la todopoderosa iglesia católica. Newman analiza la famosa *Margarita pretiosa* de Petrus Bonus de Ferrara, médico italiano, que realizó una defensa de la alquimia desde el punto de vista de la filosofía escolástica. También discuten problemas alquímicos, mediante símbolos inspirados en la tradición cristiana, los tratados alquímicos atribuidos a Arnau de Villanova o Ramon Llull, recientemente estudiados por Michela Pereira. En algunos de estos libros se compara el gran trabajo de los alquimistas con la vida y muerte de Jesús. En otros escritos, la producción de oro a partir de metales imperfectos se convirtió en una elaborada simulación de los tormentos de Cristo. Todo ello explica que los primeros indicios de problemas entre la alquimia y la Inquisición surgieran en esos años. El manual inquisitorial realizado en 1376 por Nicolás Eymerich, inquisidor de Aragón, muestra una clara condena de la alquimia, aunque sin conectarla claramente con los textos atribuidos a Arnau y Llull. También escribió una obra expresamente dedicada a esta cuestión (*Contra alchimistas*, 1396), donde su intransigencia contra la alquimia se combinó con una reafirmación de la diferencia esencial entre productos naturales y artificiales.

Newman estudia la diversidad de opiniones frente a la alquimia expresadas por personajes más o menos asociados a la Iglesia entre la Baja Edad Media y el Renacimiento. Investiga los argumentos que negaban la posibilidad de que el arte de los alquimistas (o de los demonios) pudiera producir una nueva forma material o, tan siquiera, una forma con las mismas «propiedades accidentales» que el oro. Por el contrario, algunos autores jesuitas desarrollaron una crítica más moderada, basando su punto de vista en la ausencia de pruebas empíricas de la transmutación, de modo semejante a como hizo Athanasius Kircher. Newman estudia también la diversidad de

opiniones expresadas en los manuales de filosofía natural que florecieron en el Renacimiento, mostrando así el interés de este tipo de fuentes poco valoradas. Mientras que personajes como Johannes Magirus (1597) señalaban que no había razón para afirmar que la transmutación alquímica era imposible, aunque sí difícil, otros autores recogieron los puntos de vista de Avicena o de Tomás de Aquino mientras que otros emplearon argumentos propios y originales. Por ejemplo, Bartholomaeus Keckerman (*Systema physicum*, 1610), señalaba que, aunque la naturaleza podía transmutar los metales, tal facultad no había sido otorgada al hombre puesto que, si así fuera, se opondría a la voluntad de Dios que creó los metales para determinados usos específicos. Hubo otros autores más optimistas frente a la transmutación. El carmelita Raphael Aversa pensaba que se podía imitar el oro bastante bien y que, quizás con la mayor perfección futura del arte alquímico, se podría llegar a reproducirlo exactamente.

La idea de que la alquimia era el único arte que podía reproducir o, incluso, mejorar la naturaleza, frente a otras artes que sólo podían imitarla, dio origen a una polémica que Newman analiza a través de las opiniones de tres conocidos artistas del Renacimiento (Leonardo da Vinci, Vannoccio Biringuccio y Bernard Palissy) y un teórico del arte (el florentino Benedetto Varchi). Los tres primeros autores reconocieron y aprovecharon los conocimientos tecnológicos ofrecidos por la alquimia (por ejemplo, para la producción de pigmentos), pero negaron la posibilidad de la transmutación mediante argumentos religiosos semejantes a los antes mencionados, recordando la imposibilidad de que el ser humano pudiera usurpar el poder reservado al creador.

El capítulo cuarto está dedicado a la cuestión de la vida artificial y la posibilidad de producir «homúnculos». Tras un pequeño repaso por las ideas de Aristóteles sobre la generación espontánea, Newman trata aquí la cuestión de la creación de vida artificial en la alquimia dentro de la tradición islámica (el corpus jabiriano), judía (el mito del *Golem*) y cristiana (la literatura bajo medieval, incluyendo las discusiones en torno al mito de la inmaculada concepción). Todo ello le permite abordar con mayor detalle la cuestión central de este capítulo, a saber, los trabajos de Paracelso sobre los «homúnculos» y su significado para el debate sobre arte y naturaleza. En este punto, Newman se introduce en un terreno resbaladizo: el análisis de las ideas del médico centroeuropeo en materia de sexualidad y reproducción bajo la suposición de que Paracelso era un hermafrodita, según sugieren unas recientes investigaciones forenses sobre sus supuestos restos mortales que se encuentran en una iglesia de Salzburgo. Por suerte, Newman abandona pronto

el camino de la interpretación psicosexual y se centra en las relaciones del pensamiento de Paracelso con sus anteriores predecesores en la polémica arte-naturaleza a los que, junto con las fábulas alemanas que circulaban en torno a la mandrágora («*Alraun*») en esos años, considera las principales fuentes del «homúnculo» ideado por Paracelso. Los apartados siguientes muestran los recelos con los que estas ideas fueron recibidas. Contaron con muchos más críticos que seguidores, aunque fueron popularizadas en diversas obras literarias posteriores.

El capítulo quinto constituye otro de los apartados importantes del libro: la relación del debate arte-naturaleza y el desarrollo del método experimental en el siglo XVII, con especial atención a la obra de su principal propagandista, Francis Bacon, y a los trabajos del que ha sido considerado como fundador de la química moderna, Robert Boyle. Newman trata de rebatir la que llama «non interventionist fallacy» según la cual la experimentación estuvo ausente de las corrientes aristotélicas. A través de algunas investigaciones, especialmente las relacionadas con el arco iris, Newman muestra la presencia de pequeños experimentos en la obra de personajes más o menos influidos por la filosofía peripatética, tanto en la Edad Media (Themo Judaei) como en el Renacimiento (Daniel Sennert). También recoge su influencia en los argumentos de Francis Bacon. Otro apartado destacado de este capítulo consiste en el estudio de obras publicadas entre 1661 y 1667 por Robert Boyle. Tras haber mostrado en anteriores trabajos las fuentes alquímicas de muchos conocimientos químicos y de la filosofía corpuscular de Boyle, Newman muestra ahora las huellas de los debates analizados en el libro en las críticas del autor inglés a la teoría de las formas sustanciales. Boyle empleó y desarrolló argumentos procedentes de las discusiones en torno a las artes perfectivas e imitativas además de numerosas ideas procedentes de escritos de autores como Daniel Sennert, que quizás fueron más influyentes en su trabajo que los textos de Francis Bacon. Finaliza el capítulo con una breve revisión de las posturas defendidas por Margaret Cavendish, las cuales sirven como ejemplo de una actitud contraria a la experimentación que no puede ser atribuida a una supuesta influencia del pensamiento aristotélico. El epílogo vuelve a los problemas establecidos al principio del libro, con un recorrido a través de obras del siglo XIX que contienen referencias al debate arte-naturaleza, entre ellas, la parte segunda de *Faust* de Goethe, lo que permite mostrar el paso de esta polémica a la literatura y a la cultura popular.

El libro está basado en una gran cantidad de fuentes latinas, principalmente de la Baja Edad Media y el Renacimiento, que son analizadas en el marco de una abundante literatura secundaria que no se reduce a los traba-

jos más recientes. No obstante, existen lagunas historiográficas importantes que percibirán fácilmente los lectores que sigan la producción en castellano sobre historia de la ciencia. A pesar de que Newman analiza las ideas de personajes que vivieron en la Península Ibérica, como el mencionado inquisidor de Aragón, Nicolás Eymerich, apenas emplea estudios publicados en las diferentes lenguas peninsulares para arropar sus conclusiones. Tampoco lo hace al tratar temas que han sido largamente discutidos en la historiografía de la ciencia española como las relaciones entre la Iglesia con la alquimia y el paracelsismo. Este desencuentro resulta preocupante porque está presente también en obras recientes escritas en castellano que apenas tienen en cuenta las novedades que han ocurrido en la historiografía sobre la alquimia durante las últimas décadas. Muchos estudios sobre la alquimia en España siguen citando como obras de referencia los viejos trabajos de Sherwood Taylor y Holmyard, sin tener en cuenta la renovación que suponen los estudios de Newman, Principe y otros historiadores más recientes de la alquimia. Y ello a pesar de que estos trabajos se encuentran ya parcialmente disponibles en castellano gracias a la traducción de la enciclopedia sobre la alquimia dirigida por C. Priesner y K. Figala (*Alquimia. Enciclopedia de una ciencia hermética*, Barcelona, Herder, 2001). El libro que aquí describimos es una nueva oportunidad para tender puentes entre tradiciones historiográficas que se han desarrollado de modo más o menos independiente aunque, en muchas ocasiones, comparten personajes y problemas de interés.

Al igual que ocurre con la literatura secundaria, existen otros aspectos del libro que quizás merecerían haber sido tratados con mayor generalidad y extensión. Por ejemplo, a pesar de la importancia atribuida a los autores de la Alta Edad Media, los textos alquímicos árabes sólo aparecen mencionados a través de las traducciones latinas, sin que se arroje su análisis con la literatura secundaria existente sobre la alquimia árabe, que hubiera dado probablemente algunas claves adicionales para entender los temas estudiados. Del mismo modo, y dada la intención del autor de conectar su estudio con problemas de la actualidad, el último capítulo del libro resulta insuficiente para seguir la pista del debate arte-naturaleza durante el siglo XVIII y XIX, sin que ni siquiera se presente una pequeña revisión de los estudios básicos sobre la cuestión. Quizás, como señala el propio Newman, son temas que merecen trabajos más detallados, que permitirán completar en el futuro la investigación resumida en el libro. Estas pequeñas carencias no impiden que el libro ofrezca una excelente introducción al mundo de la alquimia con numerosos elementos de reflexión para los debates actuales sobre arte y naturaleza. Es elogiable la habilidad de Newman para convertir sus eruditas investigaciones sobre textos medievales y renacentistas en una

obra atractiva para un amplio grupo de lectores. Las personas que crean que resulta imposible realizar tal transmutación sin una imperdonable pérdida de rigor académico tendrán que aceptar —aunque sea a regañadientes— que el libro de Newman constituye una brillante excepción a la regla.

JOSÉ RAMÓN BERTOMEU SÁNCHEZ
Universitat de València-CSIC

María José BETANCOR GÓMEZ. *Epidemias y pleito insular. La fiebre amarilla en Las Palmas de Gran Canaria en el periodo isabelino*, Madrid, CSIC-Ediciones del Cabildo de Gran Canaria [Estudios sobre la Ciencia, 29], 2002, 226 pp. ISBN: 84-00-08044-0.

Esta monografía se inscribe de lleno en el censo de los trabajos de epidemiología histórica que han hecho fortuna en la España de los últimos decenios del siglo XX. Como tal, aborda en precisas coordenadas geográficas, sociales y políticas el impacto de determinados padecimientos epidémicos de la modalidad catastrófica (al menos, en la consideración de la época), dentro de un limitado periodo de tiempo que es algo mayor de lo que sugiere su título, puesto que comienza en 1810. La autora realiza el examen de sucesivos brotes epidémicos de fiebre amarilla en la Gran Canaria (1810-11, 1838, 1846-47, 1862-63) —e, intercaladas, alguna presencia del cólera y la viruela—, atendiendo a su cronología, modalidad de importación, mecanismos de defensa e incidencia poblacional, prestando especial atención a las relaciones en el interior del archipiélago, en especial respecto a Tenerife —en tanto que asiento de la capitalidad insular, Santa Cruz. Resulta sorprendente comprobar la exagerada plasticidad de las respuestas estereotipadas frente a la amenaza de contagio, en términos de precauciones o medidas de precaución, esgrimidas periódica y simétricamente entre Santa Cruz y Las Palmas. Lo sorprendente es la unánime voluntad de llevar al límite, en todos los casos, la incomunicación del otro puerto con la simultánea pretensión de que el propio quedara exento de precaución alguna o lo más aminorada posible. Esta constatación permite defender la idea de que «el pleito insular» fue algo más que una disputa institucional, una pugna entre elites comerciales que implicó a amplios sectores de ambas islas.

Las dimensiones demográficas de los sucesivos brotes están tratadas de manera más cualitativa que cuantitativa, en razón a la difícil traza del diagnóstico. En cambio, las peripecias institucionales sanitarias, la intervención médica y la habitual discusión sobre la aparición o no y sobre las mejores

medidas a adoptar están muy minuciosamente desarrolladas, con un exhaustivo recurso a la documentación municipal conservada —existen notorias lagunas, producto de su azaroso proceso de conservación— y del Archivo del Museo Canario, que incluye algunos valiosos manuscritos, en particular el de *Estudios históricos... de las Islas Canarias*, de Gregorio Chil y Naranjo (1831-1901), un autor que merecería siquiera una corta reseña biobibliográfica para explicar por qué hemos de aceptar que sea «una de las fuentes más objetivas» para el presente estudio.

La inscripción del abordaje de los episodios epidémicos en una línea de sanidad municipal, de la que se reclama la autora, se cumple a medias, puesto que no se ocupa de levantar el mapa de los dispositivos sanitarios habituales de la beneficencia municipal. La distinta actuación de las elites gubernativas y eclesiásticas en uno u otro brote (todavía en la epidemia de los años 40 se produce una huida casi masiva de la ciudad) nos remite a la lenta asunción de las formas del estado moderno.

En definitiva, es este un libro interesante, que enriquece nuestro conocimiento del pasado epidémico y de la tortuosa plasmación de un sistema asistencial y preventivo digno de ese nombre.

ESTEBAN RODRÍGUEZ OCAÑA
Universidad de Granada

Juan Luis CARRILLO MARTOS (ed.). *Medicina y sociedad en la España de la segunda mitad del siglo XIX: una aproximación a la obra de Federico Rubio y Galí (1827-1902)*, El Puerto de Santa María, Ayuntamiento de El Puerto de Santa María-Asociación «Federico Rubio», 2003, 516 pp. ISBN: 84-89141-59-2.

Entre los días 23 y 25 de septiembre del 2002, coincidiendo con el centenario de la muerte y el 175 aniversario del nacimiento de Federico Rubio, se celebró en El Puerto de Santa María —su ciudad natal—, un congreso con el título «El Dr. Federico Rubio y Galí: Medicina y Sociedad del siglo XIX». Resultado de este congreso, dedicado a profundizar en el estudio de la vida y la obra de uno de los médicos más celebrados de la España decimonónica, es el libro que ahora reseñamos; un libro en el que se incluyen los trabajos de profesionales de distintas áreas de conocimiento, entre los que el grupo más notable, por el número, lo constituye el de los historiadores de la medicina pertenecientes a universidades e instituciones españolas diversas,

situadas en Madrid y en el este y sur del país (Barcelona, Valencia, Elche, Albacete, Murcia, Córdoba, Málaga, Granada, Cádiz y Sevilla).

Como nos indica el editor del volumen en la presentación del mismo, para estructurarlo se ha seguido, en líneas generales, la misma organización que tuvo el congreso. Y, así, tras la preceptiva presentación, los agradecimientos y una nota sobre los participantes, nos encontramos con lo que fue la conferencia inaugural, impartida por Pedro Maset Campos —aunque elaborada en colaboración con José Miguel Sáez Gómez—, titulada «Medicina, Estado y Sociedad en la España de la segunda mitad del siglo XIX»: una extensa contribución que actuó entonces como marco general de referencia donde pudieran insertarse las aportaciones de los congresistas; pero que le sirve hoy también al lector como necesario contexto que le ayude a comprender mejor a Federico Rubio y su obra, sus actuaciones en los ámbitos político y social, con todas sus luces y sus sombras.

A continuación se presentan los cinco bloques temáticos con los que contó la reunión. En las cuatro intervenciones que configuran el primero de ellos, se estudian aspectos diversos de los años formativos de Federico Rubio: Juan Gómez Fernández recrea la etapa escolar en El Puerto de Santa María, a partir de los datos recogidos en la obra autobiográfica *Mis maestros y mi educación*. Carmen Cebrián González nos presenta lo que supuso el adiestramiento y la práctica de la esgrima en la vida de Rubio, no sólo como medio económico para costear sus estudios y ayudar a su familia, sino también en la formación de su carácter. Juan Rafael Cabrera Afonso, con el apoyo de abundante material documental, analiza de forma pormenorizada el paso de Federico Rubio por la Facultad de Medicina de Cádiz. Por último, Juan J. Rodríguez Ballesteros desvela de qué manera ha influido la crítica negativa, desmesurada e injusta, que Rubio le dedicó en sus memorias a uno de sus profesores gaditanos, el doctor José M^a López, en el trato posterior que los estudiosos han dado al citado profesor.

El segundo y tercero de los bloques que componen este libro tratan de los que son, sin duda, los aspectos más clásicos y mejor conocidos del médico portuense: su extraordinaria y variada obra médica y su protagonismo en la creación de importantes instituciones relacionadas con la enseñanza, la práctica y la difusión de la medicina. María José Báguena Cervellera estudia la importancia que alcanzó la microbiología en todas las actividades desempeñadas por Federico Rubio, especialmente —aunque no sólo— en lo relacionado con su aplicación a la cirugía, donde destaca la adopción temprana que hizo del método antiséptico de Lister. Precisamente del legado quirúrgico de Rubio, de sus aportaciones a los «tres pilares» que sustentan la

cirugía contemporánea —asepsia, analgesia y hemostasia— y de sus proyecciones en los ámbitos asistencial, investigador y docente, se ocupa Fernando López-Ríos Fernández. Como Emilio Balaguer Perigüel lo hace del interés —no tanto teórico, sino sobre todo relacionado con la clínica— que Federico Rubio manifestó por la Anatomía Patológica, como base necesaria para el establecimiento de un diagnóstico preciso que permitiera dar con una indicación terapéutica adecuada. Carla Pilar Aguirre Marco demuestra la gran contribución de Federico Rubio al conocimiento y difusión de la patología tiroidea, aunque engañosamente pudiera parecer éste un aspecto menor en su obra, si se juzga por el número de publicaciones dedicadas a ella y si se compara con las contribuciones que hizo a otras esferas del ámbito médico-quirúrgico. El objeto de atención de Fermín Palma Rodríguez es la Anatomía y Fisiología sociales, como pasos previos para la constitución de la auténtica patología social, preocupación a la que Rubio dedicó varios trabajos. Como también se los dedicó a las deformidades del cuerpo humano y la posibilidad de constituir una nueva disciplina científica, la «Patomorfoloía», que describiera y estudiara las relaciones existentes entre las alteraciones morfológicas y la enfermedad; algo de lo que trata José Martínez Pérez en su atractiva aportación.

José Danón sigue el rastro que Federico Rubio pudo dejar, en vida, sobre la medicina catalana, a través de las notas y referencias aparecidas en la prensa general y especializada. Juan Luis Carrillo aborda el tema de los estudios médicos en Sevilla en la segunda mitad del siglo XIX, en cuyo diseño participó Federico Rubio: la creación de la Escuela Libre de Medicina en la que, novedosamente, se prestaba atención a las incipientes especialidades médicas; su conversión posterior en Escuela Provincial, cuyo plan de estudios las dejaba fuera y la creación, por último, de la Policlínica, institución pionera en España, donde las especialidades médicas, nuevamente, encontraban cabida. La labor iniciada por Rubio en Sevilla, en lo que a la enseñanza de la medicina y de sus diversas especialidades se refiere, la continuó después en Madrid, a través del «Instituto de Terapéutica operatoria» o «Instituto Rubio». De sus orígenes, fundación y evolución se hace eco María Isabel Porras Gallo en un excelente trabajo que nos muestra la relevancia del citado instituto, tanto en el terreno asistencial, como en el docente, por su destacada labor en la formación de especialistas médicos en una época en que la enseñanza oficial prácticamente no lo contemplaba y en que nuestro país buscaba su modernización sanitaria. Guillermo Olañe de Ros, por último, parte del nacimiento del movimiento documental europeo e hispanoamericano para detenerse en la *Revista Iberoamericana de Ciencias Médicas*, que Federico Rubio fundó en 1899, con el fin de aglutinar

«lo mejor de la ciencia médica española e iberoamericana» y nos dibuja un interesante panorama de la evolución experimentada por tal revista —su contenido, la procedencia de los artículos, los cambios de director, las luchas de poder...— tras la muerte de su fundador en 1902.

La cuarta parte del libro se centra en otra cara distinta del polifacético Federico Rubio: su actividad política. Una actividad que no careció de importancia pues fue concejal, diputado en las Cortes Constituyentes del Sexenio Liberal y en la legislatura de 1871; senador, en la de 1872-1873 y embajador de la I República Española, en Londres. Etapas todas que desmenuzan los autores de las cuatro comunicaciones que componen este bloque: Víctor Manuel Núñez García y María Luisa Calero Delgado se ocupan de los primeros pasos de esa «carrera» política, cuando a los 27 años de edad, en 1854, entra a formar parte como concejal del autoproclamado Ayuntamiento Constitucional de Sevilla. Eloy Arias Castañón lo hace de la trayectoria política de Federico Rubio como dirigente del partido demócrata primero, y republicano federal después. José Manuel Macarro, a partir de las intervenciones parlamentarias de Federico Rubio, que se recogen en el *Diario de Sesiones de las Cortes*, trata de pergeñar la personalidad política de Rubio, mientras que Rafael Sánchez Mantero hace la semblanza de nuestro médico durante el brevísimo periodo de tiempo que actuó como embajador de la I República en Gran Bretaña.

Se recogen, en fin, en el quinto bloque de este libro, seis trabajos que, con mayor o menor acierto, tratan de enfocar las miradas hacia Rubio desde ópticas distintas a las que hasta ahora han sido habituales. Ello les confiere un interés especial —al menos, así se lo parece a quien esta reseña escribe—, por cuanto contribuyen ciertamente a completar la imagen, al parecer algo distorsionada, que tenemos del personaje. No se trata de hacer leña de él, sino tan sólo de «recolocarlo», a la luz de nuevos elementos de análisis. Encarnación Bernal nos presenta al Dr. Rubio como un mito, como un prototipo modélico construido por la burguesía —y, dentro de ella, la clase médica—, necesitada de una reafirmación propia y de reconocimientos sociales y políticos; conclusión a la que llega tras la consulta de diferentes fuentes documentales, especialmente la prensa especializada. El título del trabajo de Luis Montiel, *La «otra cara» de Federico Rubio*, alude a los textos que Rubio publicó firmados con un pseudónimo. El estudio de los mismos puede resultar interesante para conocer mejor la opinión que tenía sobre determinados puntos porque es un artefacto éste, el del pseudónimo, que suele servir para ocultar la identidad de quien dice algo potencialmente «peligroso». Aunque, como acertadamente postula Montiel, sólo se permite

hacer uso de este recurso quien ya ha hecho valer sobradamente su nombre y está más o menos convencido de que «todo el mundo» sabe quién se oculta tras el pseudónimo. Carmen Ruíz García y Antonio García del Moral, se sirven del opúsculo de Rubio *De la circuncisión* para ilustrar el cambio del discurso de la sexualidad en la España de finales del XIX, en el que cobró especial relevancia la preocupación eugenésica por la mejora de la especie y la regeneración biológica de los pueblos. Isabel Jiménez y María José Ruiz someten el discurso y las actividades prácticas del doctor portuense, al escrutinio de la «perspectiva de género»; escrutinio del que Rubio —como no podía ser de otra manera, para un médico decimonónico, que pertenecía y representaba a la burguesía liberal— no sale bien parado. Jesús Castellanos examina la impronta del factor «social» en la obra médica de Rubio y las consecuencias de contar con este factor sobre algunas áreas de la medicina y, en concreto, sobre lo que se llamaría «terapéutica social». Y, por último, Enrique Perdiguero y Rosa Ballester se acercan a Rubio y su relación con el folklore médico, utilizando su figura para ejemplificar las contradicciones de un médico práctico que, sin ningún tipo de formación en el campo etnológico, se acerca a la medicina popular; y para reconstruir, en suma, el complejo y difícil mundo de las relaciones que se establecen entre la medicina popular y la académica

El grueso volumen que da cabida a todas estas comunicaciones se completa con un índice de abreviaturas utilizadas en los textos, así como de un útil índice onomástico, especialmente necesario en una publicación de estas características. Se trata, en suma, como sucede en toda obra colectiva, especialmente cuando es resultado de un congreso, de un libro de contenido desigual. Pero en su conjunto supone, sin duda ninguna, una nueva aproximación, provechosa y sugerente, que completa y desmitifica a la vez la figura de Federico Rubio y Galí y la realidad médica y sanitaria —y aun social— de la España de la segunda mitad del siglo XIX.

BERTHA M. GUTIÉRREZ RODILLA
Universidad de Salamanca

Esteban RODRÍGUEZ OCAÑA (ed.). *The politics of the healthy life. An international perspective*, Sheffield, European Association for the History of Medicine and Health Publications, 2002, ix+288 pp. ISBN: 0-95365225-4.

El volumen colectivo aquí reseñado agrupa una excelente selección de los trabajos presentados a la *Fourth International Conference of the European Association for the History of Medicine and Health* (EAHMH) que en septiembre de 1999 se celebró en Almuñécar (Granada), en conjunción con la *Third Conference of the International Network of the History of Public Health*. Los diez artículos reunidos tienen como denominador común el estudio de la salud pública y de la medicina social durante los siglos XIX y XX en distintos escenarios geopolíticos del planeta. En ellos se analizan, desde la perspectiva de la historia social y cultural de la medicina, distintos procesos de construcción —producción, difusión y apropiación— de las ideas, los valores y las prácticas relativos a la salud, la enfermedad y la asistencia, con particular atención a las relaciones de conflicto y negociación entre los dispares agentes sociales con capacidad para definir en cada escenario lo que es y lo que no es saludable. Su editor, Esteban Rodríguez Ocaña, ha distribuido los artículos en dos partes, en la primera de las cuales se abordan distintos estudios de caso de conflictos en salud pública, mientras que la segunda parte se centra en el proceso de construcción de la medicina social durante los dos primeros tercios del siglo XX, con atención tanto a la esfera internacional, como a escenarios específicos.

Uno de los cuatro artículos de la primera parte, el de Pedro Samblás Tilve (pp. 41-62), se centra en la construcción del consumo de opiáceos como problema de salud pública en España desde mediados del siglo XIX hasta el final de la Guerra Civil, y rastrea el cierre gradual de la tolerancia política y social al consumo de estas drogas mediante el análisis de los sucesivos cambios legislativos y del contexto nacional e internacional que ayuda a explicarlos. Los otros tres se centran en el ámbito británico: Gerry Kerns y Paul Laxton (pp. 13-40) abordan las políticas de salud pública desplegadas en el Liverpool victoriano ante la epidemia de cólera de mediados del siglo XIX, poniendo énfasis en la estigmatización de los trabajadores inmigrantes irlandeses como fuente del riesgo sanitario y en la instrumentación de las diferencias religiosas para discriminarlos como potenciales receptores de asistencia socio-sanitaria. Alfredo Menéndez Navarro (pp. 63-87) estudia un pasaje significativo en la historia de la higiene industrial y en la construcción de las enfermedades laborales: el debate a tres bandas (médicos, sindicatos y políticos) que tuvo lugar en Gran Bretaña, entre 1928 y 1939, en torno a

los riesgos sanitarios derivados de la inhalación del polvo de amianto, con particular atención a la apropiación del concepto de enfermedad laboral por parte del experto médico y al papel de la medicina experimental en dicho proceso. Finalmente, el examen por Shirish N. Kavadi (pp. 89-111) de la campaña sanitaria contra la esquistosomiasis que la Fundación Rockefeller desplegó en la India durante la década de 1920, pone de manifiesto la discrepancia de agendas existente entre esta organización filantrópica norteamericana y las autoridades imperiales británicas, así como el contraste entre la percepción popular de esta extendida epidemia y el programa de «cruzada» sanitaria en favor del bienestar humano a través de la medicina científica, en el que la Rockefeller se encontraba entonces embarcada en los más dispares lugares del planeta.

Tres de los seis artículos incluidos en la segunda parte de esta colección exploran distintos momentos y aspectos del proceso de construcción de la medicina social a escala internacional entre el final de la Primera Guerra Mundial y 1960. Paul Weindling (pp. 114-130) examina el surgimiento de esta nueva concepción de la salud pública a resultados de la transformación de un «evangelismo» sanitario en lo que hoy denominamos atención primaria de salud; y subraya sus fundamentos intelectuales, sus agentes sociales —individuales (la figura de C.E.A. Winslow, en particular) y colectivos; oficiales, paraoficiales y privados; nacionales e internacionales) y los debates acerca de los límites en la extrapolación de sus modelos de un país a otro. El prematuramente desaparecido John Hutchinson (pp. 131-150) aborda el tema de la ayuda humanitaria posterior a la Primera Guerra Mundial como espacio de concurrencia de organizaciones públicas, parapúblicas y privadas, a través del significativo caso de la atención a la infancia. Hutchinson presta particular atención a las distintas agendas de éstas organizaciones, a las contradicciones generadas en la práctica en razón de los distintos objetivos de las ayudas, y a los problemas de financiación de sus actividades, para acabar subrayando los límites del humanitarismo en la política internacional. Si su estudio pone de manifiesto la crisis que vivieron el movimiento filantrópico internacional y las organizaciones sanitarias interestatales (LNHO de Ginebra y OIHP de París) al final del periodo de entreguerras, el de James Gillispie (pp. 219-239) se concentra en los primeros años de la Organización Mundial de la Salud (OMS/WHO) como agencia de ayuda sanitaria interestatal y sus dificultades para promover, en colaboración con Organización Internacional del Trabajo (ILO/OIT), un amplio programa de seguridad social en distintos países del planeta, a resultados del bloqueo ejercido por las poderosas asociaciones médicas estadounidense (AMA) y británica (BMA). Estas dificultades forzaron finalmente la renuncia de la primera OMS a este ambicioso progra-

ma que estaba siendo impulsado por un grupo de consultores encabezado por Milton Roemer (finalmente investigado por el FBI y obligado a emigrar a Canadá), y que también incluía a Henry Sigerist y René Sand, entre otros. Los esfuerzos de las OMS se reorientaron entonces hacia la organización de campañas internacionales de extinción de enfermedades. La lógica perversa de la Guerra Fría haría también que, como bien recuerda Gillespie, la Asociación Médica Mundial (WMA) —recién organizada bajo los auspicios británicos— impulsara hacia los mismos años una campaña de rehabilitación de los médicos colaboradores con los nazis, en la que los crímenes médicos contra la humanidad se atribuyeron a la medicina estatalizada.

Los otros tres trabajos examinan las peculiaridades de los procesos de construcción de la medicina social en tres escenarios nacionales específicos. El de Gabriele Moser y Jochen Fleishhacker (pp. 151-179) ilumina el giro en la orientación de la higiene social germánica durante la República de Weimar, de la reforma social a la economía humana y la biología social; un cambio de orientación esencial para comprender los fundamentos del programa de la «medicina racial» nazi. Moser y Fleishhacker subrayan la importancia que disciplinas instrumentales como la demografía vital y sanitaria, y la estadística jugaron en este proceso de cambio, cuyo análisis se hace pivotar sobre el protagonismo de dos generaciones de expertos. Lion Murand y Patrick Zylberman (pp. 197-218) prestan atención a la concreción de la medicina social en la Francia de los años 30, señalando sus fuentes inspiradoras y las principales cuestiones a debate entre sus protagonistas (René Sand, Jacques Parisot y Robert-Henri Hazemann, entre otros) en el vivo contexto político nacional e internacional contemporáneo. Insisten en el papel nuclear jugado en ella por la voluntad de resolver de forma más satisfactoria la asistencia sanitaria en el mundo rural, al objeto de evitar que el contagio del fascismo se difundiera por este ámbito de la vida social francesa; y destacan la prefiguración final de un ideal de salud que sólo podía desarrollarse a partir de una estrategia a largo plazo, similar a la asumida por la OMS años después, y que incluía elementos visionarios, en línea con la visión escatológica de Winslow cuando en los años 20 llamaba a «construir en la tierra la ciudad de Dios». En contraste con estos dos últimos trabajos comentados, el de Marcos Cueto (pp. 181-196) analiza las peculiaridades de un proceso «periférico» y extraeuropeo de construcción de la medicina social, tanto en su vertiente de disciplina académica como en proyección en el ámbito de la salud pública nacional. Su acercamiento al caso del Perú entre 1920 y 1950 pivota en torno a las biografías científicas de dos de sus más destacados pioneros, el peruano Carlos Enrique Paz Soldán y el emigrado alemán Maxime Kuczynski, cuyas actividades e ideas se enmarcan dentro del contexto socio-político peruano

de esas dos décadas. Cueto señala las fuentes inspiradoras del pensamiento médico-social de ambos y analiza sus principales rasgos, con particular atención a la impronta del «indigenismo».

El volumen colectivo aquí reseñado constituye, en suma, una espléndida muestra de la mejor historiografía internacional de la salud pública en los albores del siglo XXI. Vistos en su conjunto, los diez estudios agrupados en este volumen ponen de manifiesto, desde perspectivas plurales, el papel central jugado por los ideales de salud y de «vida sana» —el *Homo hygienicus* de Alfons Labisch— en el disciplinamiento del cuerpo social inherente a la construcción de las sociedades contemporáneas, a la vez que subrayan la creciente dimensión internacional de estos ideales. Una dimensión internacional que, como el propio Rodríguez-Ocaña se ocupa de señalar en su sugerente presentación del volumen (pp. 1-12), no sólo responde al carácter transnacional del conocimiento científico en que se sustentan las prácticas sanitarias, sino que también está relacionada con la expansión europea y la difusión mundial del hegemónico modelo médico occidental.

No puedo concluir estas líneas sin destacar el esmero puesto por Esteban Rodríguez-Ocaña en su labor de editor científico, que se corona con la inclusión de una exhaustiva compilación bibliográfica (pp. 241-272) y de un valioso índice combinado toponomástico y de materias (273-288). Tampoco dejaré de constatar la impecable factura de esta nueva publicación promovida por la EAHMH, que hace el número 4 de la «History of Medicine, Health and Disease Series».

JON ARRIZABALAGA
CSIC-IMF (Barcelona)

Marcos CUETO. *El valor de la salud: historia de la Organización Panamericana de la Salud*, Washington D.C., OPS [Publicación Científica y Técnica No. 600], 2004, viii + 211 pp. ISBN: 92-75-31600-7.

En búsqueda de una América saludable: Celebrando 100 Años de Salud, Washington D.C., OPS, 2002, xx + 152 pp. ISBN: 92-75-07384-8.

El par de obras objeto de esta reseña forman parte de las celebraciones del primer centenario de la más longeva agencia de salud internacional, la Organización Panamericana de la Salud (OPS, PAHO en su acrónimo inglés), fundada en 1902. La primera de ellas, *El valor de la salud*, es una historia

institucional de la OPS confeccionada por encargo de la Organización por Marcos Cueto, Profesor de la Facultad de Salud Pública y Administración en la Universidad Peruana Cayetano Heredia y uno de los más reputados historiadores de la salud pública latinoamericanos. La segunda, *En búsqueda de una América saludable*, es un hermoso catálogo fotográfico donde, organizadas en siete secciones temáticas, se reproducen instantáneas procedentes, entre otros, del rico fondo iconográfico de la OPS. Buena prueba del valor y el uso de la imagen en la empresa sanitaria nos lo proporciona el trabajo de Bandeira de Mello y Lopes de la Cerda en este mismo volumen de *Dynamis*. Lástima que buena parte de las instantáneas estén insuficientemente descritas —el pie de foto apenas incluye el año y el país—, lo que resta valor al catálogo. Los textos que preceden y acompañan a las imágenes, redactados en español e inglés, son básicamente una loa a la salud pública y a sus profesionales, y en particular, a la labor desempeñada por la agencia. El texto incorpora una útil cronología y una breve biografía de los directores generales de la institución.

Centraré esta reseña en *El valor de la salud*. Además de una amplísima bibliografía, que supera el medio millar de referencias, la investigación de Cueto se ha beneficiado del acceso tanto a fuentes de la propia institución como a materiales originales conservados en un impresionante plantel de archivos y bibliotecas del continente americano y europeo. Destacan entre estos materiales las correspondencias epistolares y los trabajos inéditos de algunos de los primeros directores generales de la OPS, conservados en diversos repositorios de los Estados Unidos de América, así como información referida a las actividades de colaboración sanitaria conservada en archivos mejicanos, brasileños, venezolanos, cubanos y peruanos. Merece la pena destacarse también el recurso a las entrevistas con antiguos colaboradores de la institución. La incorporación de estos materiales en el análisis contribuye a enriquecer el relato de la recepción e impacto de las intervenciones desarrolladas por la OPS en la región además de permitir un deseable «descentramiento» de la historia de este organismo. Un propósito nada desdeñable si tenemos en cuenta que hasta la fecha los acercamientos monográficos a la historia de la OPS han sido confeccionados por colaboradores de la propia institución y con el recurso fundamental a sus fuentes, como son los trabajos de Carlos Enrique Paz Soldán, Arístides A. Moll, Miguel E. Bustamante, Norman Howard-Jones, Héctor Acuña o la más reciente y anónima *Pro salute Novi Mundi: Historia de la Organización Panamericana de la Salud*, publicada en 1992.

Semejante despliegue heurístico está al servicio de una apretada (141 páginas) y amena narración que, a través de una breve introducción y seis

capítulos, reconstruye con un criterio cronológico los orígenes y devenir de la agencia sanitaria americana. Con un enfoque de historia social, el autor explora los determinantes sociopolíticos y científicos de las intervenciones desarrolladas por la agencia, sin renunciar a un acercamiento prosopográfico al perfil de sus directores generales y principales colaboradores de la institución y cultivadores de la salud pública continental. Los capítulos se ajustan a una cronología bien establecida en la historia de la salud internacional, si bien reflejan las particularidades sociopolíticas del continente y, muy especialmente, la impronta que dejaron los diferentes directores generales de la agencia. El balance es desigual ya que, como el propio autor avanza en la introducción, es la primera mitad de la centuria la que recibe mayor atención en esta monografía.

El primer capítulo ofrece un rápida panorámica del nacimiento de la colaboración sanitaria internacional en la Europa decimonónica y un acercamiento al contexto que posibilitó la fundación en 1902 de la entonces llamada Oficina Sanitaria Panamericana, cuyos primeros pasos hasta la finalización de la Primera Guerra Mundial se abordan en el segundo capítulo de la obra. En esta etapa la OPS estuvo dirigida por sendos directores generales de la salud pública estadounidense, Walter Wyman y Rupert Blue. La monografía no sólo presta atención al desarrollo de los procesos de estandarización de las medidas cuarentenarias y sistemas de notificación frente a los grandes riesgos epidémicos de la región (la fiebre amarilla, el cólera y la peste) con el fin de mitigar su impacto en la población y en los crecientes intercambios comerciales continentales, sino que también explora la conexión de estos desarrollos con los programas de higienización del espacio urbano y el nacimiento de administraciones sanitarias nacionales. Se trata de programas concebidos desde el discurso «modernizador», que encontraron en el ámbito del *panamericanismo sanitario* una legitimación adicional. Programas que, entre otros efectos, dotaron de creciente prestigio a los médicos y salubristas del continente en un entorno marcado por el pluralismo asistencial y aspiraron a homogenizar culturalmente a los diversos grupos étnicos de cada país.

«La consolidación de una identidad» es el título del capítulo tercero consagrado al periodo de entreguerras y marcado por la impronta de Hugh S. Cumming, tercer director de la OPS y, al igual que los anteriores, Cirujano General de los Estados Unidos —máxima autoridad nacional en temas de salud pública—. El periodo de entreguerras resultó determinante para la agencia. De un lado, fue un periodo clave en la reformulación de la identidad continental en torno al movimiento panamericanista, favorecida por el declive de la influencia europea en el continente y la consolidación

de la hegemonía estadounidense así como por la política de *buena vecindad* auspiciada por Franklin D. Roosevelt. Ello permitió reforzar el sistema interamericano estrechando la colaboración en parcelas como la sanitaria, y extendiéndola a otras como la cooperación intelectual y educativa, terrenos en los que la Fundación Rockefeller jugó un papel trascendental. De otro lado, la crisis económica favoreció en Europa y Latinoamérica un giro social en las estrategias salubristas mediante la incorporación de una perspectiva médico-social, algo que tuvo mayor impacto en las agendas sanitarias de ciertos países de la región que en la propia de la OPS. Además de contribuir a consolidar una red continental de expertos en salud pública, la OPS jugó un creciente papel de asesoramiento a través, entre otros medios, de los «representantes viajeros», las oficinas de campo de la organización y su activa difusión de información sanitaria. La Segunda Guerra Mundial trastocó en buena medida este panorama. En primer lugar, durante la contienda el gobierno de EE.UU. alentó una colaboración sanitaria bilateral con claros intereses propagandísticos, cuya principal brazo ejecutor fue la Oficina de Asuntos Interamericanos del Departamento de Estado. Una vía que no hizo sino intensificarse durante los años de la «guerra fría». En segundo lugar, el nacimiento de la OMS tras la guerra, cuyo estatus de relación con la OPS es analizado en detalle en el texto, obligó a diversificar su agenda.

Dichos cambios se analizan en el capítulo 4 de la monografía, centrado en la primera etapa de la «guerra fría». Durante este periodo, la OPS estuvo dirigida por el Fred L. Soper, ex-director de la División de Salud Internacional de la Fundación Rockefeller. El periodo coincide con un importante crecimiento de la OPS, tanto en recursos como en personal y capacidad de asesoramiento e influencia, amén de por la integración plena de países del Caribe y otras ex-colonias europeas. Además de otros cambios administrativos sustanciales, la agencia acometió una descentralización importante mediante la regionalización de sus competencias y el impulso a la creación de diversas instituciones de investigación repartidas por la geografía continental. Además del papel clave jugado en estos desarrollos, Soper reforzó la concepción tecnocrática de la acción salubrista tan cara a la Fundación Rockefeller impulsando diversas campañas de erradicación de enfermedades transmisibles en los años cincuenta, campañas que con resultados desiguales consumieron buena parte de los recursos de la agencia: paludismo, frambesia, fiebre amarilla y viruela, fundamentalmente.

En los años setenta y ochenta, a los que se consagra el capítulo 5, los abordajes verticales se complementaron con visiones más integrales con participación de la comunidad y la prioridad se trasladó a los programas de

desarrollo para la salud. En esta etapa —en la que por vez primera la máxima responsabilidad en la gestión de la OPS recayó en un latinoamericano, el chileno Abraham Horwitz, quién en 1975 fue sustituido por el mejicano Héctor Acuña— la agenda de la OPS dio cabida a nuevas preocupaciones como la salud ocupacional, la salud ambiental, la planificación en salud o el tabaquismo. Este cambio de orientación no sólo respondió a las lecciones extraídas de algunas de las campañas de erradicación, sino al propio contexto político mundial marcado por la «guerra fría» y al impacto en la región de la revolución cubana, que redimensionaron la vertiente propagandística de los programas de salud. Por otro lado, el debate continental entre la teoría de la modernización y la de la dependencia permitió lecturas menos etnocéntricas de los nexos entre salud y desarrollo económico. El capítulo termina explorando la recepción y el influjo de la atención primaria de salud y sus críticas en el seno de la agencia panamericana. El último y breve capítulo 6 de la monografía, «Vigencia y renovación», está dedicado a los cambios acontecidos en las dos últimas décadas. Cueto se limita a señalar algunos de los retos de la salud continental, en particular las enfermedades «reemergentes» como la epidemia de cólera de 1991 y la lucha contra el SIDA, temas sobre los que el autor ha reflexionado en dos de sus últimas monografías *El regreso de las epidemias* (Lima, 1997) y *Culpa y coraje* (Lima, 2001). La monografía se completa con el ya comentado aparato bibliográfico y un útil índice onomástico y temático.

El texto de Cueto es una destacada aportación por su valía informativa, la labor de contextualización de los desarrollos salubristas y por el esfuerzo, ya mencionado, de «descentrar» la historia de la agencia más allá de las fuentes y la mirada institucional. No puede afirmar quien esto suscribe otro tanto respecto al sesgo «iatrocéntrico» y «eurocéntrico» que perfunde la más tradicional historiografía sobre la colaboración sanitaria internacional, con la que esta monografía no consigue abrir distancias. En ambos casos creo que es el producto de una elección deliberada del autor. Me explico. En la introducción Cueto señala entre los objetivos de la obra el de responder a la necesidad de «personas, profesiones, instituciones y países, de tener una imagen de su propio pasado». Una imagen que entre otras funciones permita «reclamar una identidad, un método para socializar a los nuevos miembros de un gremio» (pp. 5-6). Esta es una de las singularidades del texto que, a mi entender, se ha confeccionado pensando en una audiencia eminentemente de profesionales de la salud pública. En segundo lugar, el texto resulta a todas luces «políticamente correcto», lo que referido a la historia de un organismo interamericano cuyas primeras décadas de funcionamiento estuvieron sometidas a la presión hegemónica de las autoridades sanitarias

y políticas norteamericanas obliga a no pocos ejercicios de malabarismo verbal. El autor parece emplear una doble estrategia para eludir la crítica a la política exterior estadounidense y a la propia mirada iatrocéntrica de las élites profesionales del continente. En primer lugar opta por minimizar las referencias a la raigambre etnocéntrica que marcó el origen y primeras etapas de la colaboración sanitaria internacional en Europa y en el continente americano. Así mismo, el autor subraya el voluntarismo de los salubristas que integraron la OPS en sus primeras etapas como mejor expresión de sus deseos de mejorar las condiciones de salud de la población continental. En otros ámbitos de las relaciones panamericanas —como la cooperación intelectual, bibliotecaria o educativa— se han puesto de manifiesto las íntimas conexiones entre dichas iniciativas supranacionales y la política exterior estadounidense. Un caso especialmente clarificador es el estudio de Mark T. Berger sobre el nacimiento de los *Latin American Studies* en EE.UU. a comienzos del siglo XX(1). El discurso profesional de los latinoamericanistas permitió generar una representación de América Latina que legitimó el imperialismo informal de los EE.UU. Berger también ha mostrado la íntima conexión entre los círculos universitarios e intelectuales en los que se institucionalizaron los estudios latinoamericanos y la propia Secretaría de Estado norteamericana. En el caso que nos ocupa, no parece ser ni siquiera necesario incorporar el utillaje teórico de los estudios postcoloniales para poner de manifiesto el carácter etnocéntrico del discurso que sustentó las prácticas de defensa sanitaria en las primeras etapas de la OPS. Otro tanto cabe decir en cuanto a la íntima conexión entre los tres primeros directores que rigieron la OPS hasta la Segunda Guerra Mundial, y la propia sanidad militar y administración de salud pública norteamericanas. En el escenario de la «guerra fría», donde la colaboración sanitaria bilateral auspiciada por los EE.UU. fue un instrumento clave de la propaganda anticomunista, Cueto apuesta por explicaciones que señalan la capacidad de las agencias internacionales para desarrollar políticas antihegemónicas, consagrando la identidad internacionalista de, entre otros, los profesionales de la salud pública de la OPS(2).

(1) BERGER, Mark T. *Under Northern Eyes: Latin American Studies and US Hegemony in the Americas 1898-1990*, Bloomington, Indiana University Press, 1995.

(2) Una aportación reciente a esta línea argumental es STAPLES, Amy L. S. *Constructing International Identity: The World Bank, Food and Agriculture Organization, and World Health Organization, 1945-1965*, [PhD Dissertation, The Ohio State University], 1998.

Sin duda, historiar una institución con un siglo de vida y un campo de actuación tan complejo como la lucha contra la enfermedad y la promoción de la salud en un escenario continental obliga a seleccionar temas prioritarios en menoscabo de otros. *El valor de la salud* tiene la virtud de abordar temas pertinentes y su lectura la de suscitar nuevos focos de atención. Hay, no obstante, un determinante de la salud que la monografía discute en mucha menor profundidad. Me refiero al determinante cultural del complejo salud/enfermedad/asistencia que sólo parece cobrar valor para los profesionales de la salud pública en la medida en que permitió explicar el fracaso de las campañas verticales. De hecho, la monografía no discute los escenarios de encuentro cultural entre el modelo biomédico y el rico pluralismo asistencial del continente. Aunque el tema sobrepase el objeto de la monografía, su ausencia puede contribuir a proporcionar una imagen «naturalizada» de la extensión del modelo biomédico, cuya posición hegemónica sabemos se alcanzó en un arduo proceso de lucha, en el que las agencias de salud internacional como la propia OPS jugaron un papel clave. Ser conscientes de ello, y no sólo de las limitaciones del modelo biomédico, puede contribuir tanto a la efectividad de la noble tarea de la salud pública como a la de configurar una identidad profesional menos iatrocéntrica.

ALFREDO MENÉNDEZ NAVARRO
Universidad de Granada

Emilio MUÑOZ (dir.), María Jesús SANTESMASES, Ana ROMERO y Jesús ÁVILA (eds.). *Cuarenta años de la Sociedad Española de Bioquímica y Biología Molecular (1963-2003)*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales S. A., 2004, 362 pp. ISBN: 84-95486-79-02.

Queda claro desde la lectura de la referencia que este texto responde a una empresa conmemorativa, instada desde el propio organismo que se celebra (Jesús Ávila es el presidente de la SEBBM) y en la que se conjugan la recopilación de las memorias individuales junto con un trabajo analítico experto. Desde esta perspectiva, el contenido e interés del sumario está a la altura de lo que se espera de él, combinando recuerdos personales (Margarita Salas, Emilio Muñoz, Federico Mayor...) con aportaciones histórico-sociológicas (las de Santesmases y Ana Romero). Se encuentran también capítulos básicamente descriptivos sobre las líneas de investigación seguidas durante

este periodo (M. Ángeles Serrano y Fco. García Olmedo) y otros en los que se elaboran recuerdos sobre algunos de los más destacados aspectos de las relaciones internacionales de la disciplina (Carlos Gancedo, sobre organizaciones, y Ángel Pellicer, sobre personas españolas en Estados Unidos). También se publican las biografías de los seis presidentes fallecidos, en las que puede apreciarse la misma diversidad de enfoque y método que en el conjunto del libro, desde acercamientos muy profesionales hasta la emoción del recuerdo amistoso personal. Un último grupo de trabajos lo constituyen ensayos de interés como los de Guinovart (qué hacer para ajustar a los tiempos la vida societaria) o García Barreno (relaciones entre la investigación y la clínica); si el primero tiene un interés corporativo, el segundo es una minuciosa y erudita disertación sobre las modalidades de la investigación médica internacional y sus cambios en la segunda mitad del siglo veinte, con un abundante apoyo bibliográfico. Sería interesante aplicar la misma tesis sobre ejemplos hispanos. En tanto que libro de encargo, podemos decir que el equipo coordinado por Emilio Muñoz, director de la Unidad de Políticas Comparadas del CSIC, ha cumplido con suficiencia. Ha recogido contribuciones de buena parte de las personalidades vivas más destacadas en la historia de este grupo profesional, ha orientado el análisis de esa correspondencia internacional tan señalada en la formación de este grupo, así como de su estructura de género (Miras y de Pablo) y las ha completado con sus propias aportaciones acerca del contexto en que se originó la sociedad (Santesmases), el estudio analítico de los congresos y reuniones científicas, así como de la base social (sendos capítulos por Romero). El libro se completa con cinco anexos donde se detalla la composición nominal de los organismos societarios y se ofrece la relación de las reuniones científicas celebradas, así como con un útil e imprescindible índice onomástico. Se echa a faltar, por el mismo motivo, un capítulo bibliográfico que reuniese el conjunto de obras citadas en los distintos capítulos.

La propia existencia de esta celebración, con la atípica cifra de 40 años, es un dato más para apuntalar la extremada importancia de las influencias internacionales en el desarrollo de la SEBBM, que es lo mismo que decir del desarrollo de esta disciplina. En efecto, se une a las conmemoraciones del Organismo Europeo de Biología Molecular nacido en 1964, al cual se incorporó nominalmente España desde sus inicios, aunque no lo hizo de pleno derecho hasta mucho más tarde. La historia de la aclimatación en España de la Bioquímica y su rápida deriva hacia la Biología Molecular ha sido felizmente iluminada, con gran minuciosidad y aguda inteligencia por trabajos anteriores de Santesmases, de los que citaré solamente *Establecimiento de la bioquímica y biología molecular en España (1940-1970)* —Madrid, 1997—,

confirmado con Emilio Muñoz; *Entre Cajal y Ochoa: ciencias biomédicas en la España de Franco, 1939-1975* —Madrid, 2001—, y su reciente biografía de Ochoa para Nívola, 2002. La autora, además de haber producido en castellano, ha conseguido una excelente visibilidad en el escenario internacional, con artículos en *Studies in History and Philosophy of Biological and Biomedical Sciences* (2002), *International Social Science Journal* (2001), *ISIS* (2000) o *Social Studies of Science* (1997). La guerra civil generó en este terreno una importante cisura, que impidió la floración de la importante generación de investigadores, en biología experimental, aparecida en el periodo que la historiografía universal menciona como «de entreguerras». Los efectos de la contienda, directos e indirectos, hicieron que los discípulos de los Negrín, Pi Sunyer, Pittaluga se vieran en el exilio, o derivados por necesidad imperiosa hacia otras actividades. Esta diáspora internacional facilitó después un punto de amarre para la especialización postdoctoral de nuevas generaciones a partir de finales de los años de la década de 1940, en particular una vez levantado el bloqueo aliado contra la España franquista. Aquí los nombres oportunos son los de Ochoa y Grande Covián. Si María Jesús Santesmases resume con acierto en el capítulo correspondiente las circunstancias de la conexión española en el espacio transnacional en el que creció la biología molecular, las aportaciones de varios de los socios relevantes permiten advertir la fuerte impronta empírica de ese análisis. Luego, varios otros capítulos suponen un aporte interesante de datos brutos, que para un miembro de esta comunidad le permitirán reconocerse o afiliarse en determinadas tradiciones de trabajo y que para los historiadores futuros tendrán la condición de fuentes convenientes que deberán contextualizar adecuadamente.

ESTEBAN RODRÍGUEZ OCAÑA
Universidad de Granada

Bertha GUTIÉRREZ RODILLA. *El lenguaje de las ciencias*, Madrid, Gredos, 2005. ISBN: 84-249-2741-9.

La obra que vamos a presentar seguidamente es el último fruto proporcionado por la labor investigadora que la autora viene desarrollando desde hace años acerca de las íntimas relaciones existentes entre ciencia y lenguaje. Como bien nos ha ido mostrando Bertha Gutiérrez en sus trabajos anteriores y lo vuelve a poner de relieve en el texto que nos ocupa, el conocimiento científico necesita expresarse y transmitirse a través de la palabra para garantizar la propia existencia de la ciencia. De ahí la importancia que posee

efectuar un acercamiento al estudio de la lexicografía científica, indagando acerca de su constitución, evolución y principales problemas relacionados con ella. Éste es precisamente el objetivo que persigue el libro.

El texto, que constituye el tercer volumen de la colección «Enseñanza y Lengua española» de la editorial Gredos con la que se pretende acercar al mayor número de personas los contenidos de dicha colección, consta de seis capítulos. El primero de ellos está dedicado a mostrar la importancia que poseen la expresión y difusión de la ciencia, y la necesidad, por tanto, de aprehender el lenguaje especializado de cada disciplina para adquirir una formación verdaderamente completa. La autora no olvida tampoco en esta primera parte introductoria subrayar el valor y el papel que la argumentación y la retórica representan en la expresión del pensamiento científico. Seguidamente, en el segundo capítulo se efectúa un acercamiento a la definición y caracterización del lenguaje científico, dando cuenta de las dificultades que ello entraña y de las distintas posturas existentes, y mostrando igualmente el acuerdo que, sin embargo, existe en considerar el vocabulario de que se sirve como su aspecto más distintivo. A continuación se nos introduce en la composición de dicho vocabulario, sus tipos y diferentes usos. Los capítulos tercero y cuarto están consagrados a la creación terminológica, distinguiéndose la neología de forma, de sentido, sintáctica y de préstamo. En el capítulo quinto se señalan los principales problemas de sinonimia terminológica, homonimia y polisemia del lenguaje científico, así como los derivados de su convivencia con otras lenguas y aquellos otros que surgen en la comunicación con las personas no especialistas. Finalmente, consciente del papel creciente que Internet está representando en nuestras vidas, la autora ha incluido en el último capítulo un importante número de recursos —diccionarios, glosarios, nomenclaturas, etc.— que, en relación con el lenguaje de la ciencia y desde la perspectiva de la lengua española, el «tercer entorno» ofrece en estos momentos. Completa la obra una bibliografía general que recoge tanto los trabajos más clásicos como las aportaciones más recientes que se han efectuado dentro y fuera de nuestras fronteras. Se agradece a la autora que, en este último caso, no se haya limitado a reflejar la producción anglosajona, y haya incorporado también la francófona.

Una particularidad de la obra que estamos comentando es la estructuración de cada uno de sus capítulos. Además de los contenidos, se incluye una bibliografía básica, lecturas complementarias y ejercicios sobre los temas abordados. Creemos que la autora ha sabido servirse de esta peculiaridad para, mediante una cuidadosa selección de cada uno de estos materiales, completar y ejemplificar los contenidos vertidos en los siete capítulos. Con

ello y su claridad expositiva ha logrado dotar al texto de una calidad y una coherencia extraordinaria, que reflejan su madurez y buen hacer tanto desde el punto de vista investigador como docente. Estas cualidades han hecho igualmente posible que Bertha Gutiérrez fuera capaz de renunciar a la inclusión de algunas informaciones para mejor acomodarse a las directrices y al espacio, marcados por la editorial.

El resultado final ha sido un libro de enorme utilidad para los docentes universitarios y preuniversitarios del área de Historia de la Ciencia y del ámbito de la lengua española, que resulta además tremendamente atractivo para cualquier persona interesada en poseer un conocimiento más completo de la ciencia y/o de la lengua española.

M.^a ISABEL PORRAS GALLO
Universidad de Castilla-La Mancha

Steven PINKER. *La tabla rasa. La negación moderna de la naturaleza humana*, Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, 2002, 704 pp. ISBN: 84-493-1489-5 [39 €].

Como señala el propio autor, profesor de psicología en el departamento de *Brain and Cognitive Sciences* en el MIT de Cambridge (EE.UU.), este libro está dirigido a todos aquellos que se preguntan de dónde surgió «el tabú contra la naturaleza humana». El texto, por tanto, reactiva la vieja polémica naturaleza/cultura, posicionándose del lado de la naturaleza.

La tesis de Pinker está claramente expuesta: a lo largo de los últimos siglos (y especialmente durante la primera mitad del siglo XX) se ha creado el contexto ideológico, político y social propicio para que las explicaciones en clave biológica, sobre los distintos aspectos de la vida humana, se hayan criticado como posturas extremistas y reduccionistas. En su lugar, se ha consolidado una perspectiva que explica la conducta humana como un cúmulo de conocimientos y pautas adquiridas durante la infancia, como una construcción paulatina ejercida por parte de los demás individuos, así como por las estructuras sociales y culturales presentes en un lugar y momento histórico concretos. Considerar al ser humano y a todo lo que le rodea, como simples construcciones ha llevado, según Pinker, a graves confusiones teóricas, a la «desconexión entre la vida intelectual y el sentido común» (p.15) y, en definitiva, ha llevado a regímenes educativos artificiales y perjudiciales.

En la primera parte del libro se presenta la supremacía de la teoría de la «tabla rasa» en la vida intelectual moderna. Las ciencias sociales, así como la política y la ética, han incorporado el término «tabla rasa» —utilizado por primera vez por John Locke (1632-1704)—, en sus explicaciones sobre el aprendizaje y la socialización, para referirse a las diferencias culturales, sociales y económicas impuestas en la vida humana por las experiencias vividas de la propia biografía individual en contextos sociales y culturales específicos. Durante los siglos XIX y XX una serie de corrientes de pensamiento fueron construyendo el armazón teórico que negaba la importancia de una «naturaleza humana» y defendían la importancia del entorno cultural en el desarrollo de las personas. Entre estas contribuciones, Pinker presenta las aportaciones de autores como John Stuart Mill (1806-1873) creador del «asociacionismo», Franz Boas (1858-1942), Kroeber (1876-1960) o Durheim (1858-1917).

Para Pinker, la tabla rasa se configura paulatinamente como la teoría dominante y, junto con ella, otras dos teorías más vendrían a apoyarla y complementarla. La primera sería la teoría del Buen Salvaje de Rousseau (1712-1778) y su idea de que los humanos en su estado natural son pacíficos y la violencia y agresividad son producto de la civilización. La segunda es la teoría del Fantasma en la Máquina ideada por Descartes (1596-1650), según la cual el ser humano estaría configurado a través de la dualidad cuerpo/espíritu y todas sus conductas, lejos de tener una causalidad biológica, son elegidas intencionadamente por el espíritu, por la mente. Estas tres teorías configurarían la acción política y social durante el siglo XX y descansarían sobre un completo y consistente entramado ideológico, frente al cual parecía no poderse contra argumentar.

Sin embargo, Pinker plantea que en la segunda parte del siglo XX esta trilogía teórica se empezó a criticar desde varias direcciones intelectuales.

En primer lugar, la Revolución cognitiva habría impuesto una concepción de la mente como un sistema complejo e interactivo, capaz de generar una variedad infinita de conductas. Los procesos mentales serían por tanto universales y subyacentes a las variaciones superficiales entre culturas. La neurociencia, por su parte, vendría a afirmar que todo lo que sentimos, pensamos o deseamos es fruto de una actividad psicológica concreta producida desde el cerebro. La genética conductual vino a defender que el potencial para pensar, aprender o sentir residía en la información contenida en el ADN del óvulo fecundado. Por último, la psicología evolutiva ofrecía la idea de que la mente evolucionaba como un complejo diseño universal, que no se podía manipular desde el exterior.

Estas cuatro perspectivas habrían creado el núcleo ideológico de la teoría de la naturaleza humana que Pinker intenta defender a lo largo de todo su libro frente a la idea de la tabla rasa, es decir, frente a aquellas ideas que han defendido que los seres humanos se constituyen en la compleja interacción de factores coyunturales sociales, culturales a lo largo del proceso biográfico. El autor enfrenta las dos teorías y las analiza de forma paralela, como en un diálogo entre las dos: lo que la Tabla Rasa propone y lo que la Naturaleza Humana objeta, refuta y argumenta.

La conclusión de esta primera parte del libro sería que la cultura no es una suma de roles y símbolos arbitrarios, inventados y perpetuados por los propios humanos según sus intereses, tal y como afirma la tesis de la tabla rasa. Para Pinker, la cultura es el diseño distintivo que nos permite sobrevivir y perpetuar nuestros linajes y está grabada en la naturaleza, entendida ésta como la carga genética. La cultura se adquiere, según el autor, a través de unos mecanismos con los que nacemos para leer los objetivos de otras personas y así copiar sus actos. Este proceso, llamado por Pinker de conformidad humana, tendría una doble función: informativa, para beneficiarnos del conocimiento de los demás y normativa, para seguir las reglas de la comunidad sociocultural.

En la segunda parte del texto, el autor aborda las diversas posturas y motivaciones políticas, ante las nuevas ciencias de la naturaleza humana, que los intelectuales adoptaron ante la pérdida de hegemonía de la teoría de la tabla rasa, principalmente desde 1975, cuando E.O. Wilson escribió su libro *Sociobiología*, poniendo de relieve la importancia de los patrones universales que caracterizan la naturaleza humana. Pinker relaciona la teoría de la tabla rasa con posiciones políticas conservadoras o con el fundamentalismo cristiano, preocupado por la idea del alma o de la creación, con el neoconservadurismo y, en general, con todos aquellos que dan importancia a las implicaciones morales relacionadas con el comportamiento humano. En mi opinión, Pinker muestra cierta obsesión por relacionar la teoría de la tabla rasa con los ideales políticos de derecha, buscando desacreditar ambas cuestiones en un solo libro. Sin embargo, como es bien conocido, la importancia de las variables sociales o culturales en la biografía de los sujetos no es sólo una idea defendida desde la derecha conservadora.

En la tercera parte de esta monografía se presentan las inquietudes, miedos o inseguridades que la teoría de la naturaleza humana parece haber suscitado. Se trataría para este autor de cuatro falsas interpretaciones de los postulados de la naturaleza humana.

En primer lugar, si las personas son diferentes de forma innata, se justificaría la opresión y discriminación. Pinker responde afirmando que las diferencias humanas son cuantitativas, pero no cualitativas. Todos tenemos una identidad (conferida por las diferencias genéticas y por las adaptaciones al medio donde vivimos) pero ésta no va en contra de la igualdad.

En segundo lugar, si las personas son inmorales de forma innata, resultarían vanas las esperanzas de mejorar la condición humana. La refutación de Pinker es que los hechos molestos de la naturaleza se deben identificar y contrarrestar, aceptando que no todo lo que conlleva la naturaleza es perfecto.

En tercer lugar, si las personas somos producto de la biología, no se nos podría responsabilizar de nuestros actos. Desde la naturaleza humana se objetaría que todos los actos son producto de los sistemas cognitivo y emocional del cerebro. No deberíamos preocuparnos tanto por castigar, como por disuadir y así contrarrestar la conducta delictiva.

En cuarto lugar, si las personas son producto de la biología, la vida no tendría sentido ni propósito. La explicación biológica niega el sentido personal de nuestras vidas porque separa entre causalidad próxima (el ente aquí y ahora) y causalidad última (la evolución por selección natural de la especie humana).

En la cuarta sección de esta prolija monografía Pinker se propone presentar la naturaleza humana en el contexto de la vida pública y privada y en relación a algunos temas que el autor considera espinosos y problemáticos en nuestra época: la política, la violencia, la cuestión del género, los hijos y las artes.

La política se analiza en clave teórico-histórica y manteniendo la dialéctica «tabla rasa» frente a «naturaleza humana». Pinker parte de otras dos perspectivas enfrentadas: la visión trágica y la visión utópica de la política. La tabla rasa se asocia a la visión utópica de la política, demasiado optimista y entregada a buscar soluciones rápidas a los problemas sociales. La naturaleza humana se sitúa, según Pinker, en una visión trágica, apuntando los motivos interesados de las personas que llevan a cabo las políticas, poniendo de manifiesto la primacía de los lazos familiares, el limitado alcance del reparto comunal, la universalidad de la violencia y del dominio, el etnocentrismo, la hostilidad humana, etc. Se podría decir que Pinker tiende a ofrecer una visión reduccionista sobre las ideologías políticas (tanto de derechas como de izquierdas), identificándolas a través de símbolos morales o eslóganes aislados.

En relación a la violencia humana, Pinker propone el modelo de la naturaleza humana como el más adecuado para la gestión y control de los actos violentos. Desde esta perspectiva, la violencia sería un rasgo humano (principalmente masculino), producto de la mente, que se puede evitar, aceptando que, a veces, puede ser rentable. Igual que la violencia nace en una parte del cerebro, existe en la mente otra parte preparada para contrarrestarla. Pinker cae de nuevo en una simplificación del problema, en una falta de sensibilidad ante la gravedad y consecuencias de los actos violentos, al considerar la mente como un instrumento natural de auto-control humano y olvidando la larga tradición histórica de métodos desarrollados por las sociedades para evitar la violencia.

En relación a las diferencias entre mujeres y hombres, el autor, muy «políticamente correcto», parte de reflejar la compatibilidad entre las propuestas feministas y la teoría de la naturaleza humana, pero aceptando como válidas sólo las del feminismo de la igualdad (no el feminismo de género, que niega las diferencias biológicas entre hombres y mujeres y presenta el poder como única motivación social, mantenida no a nivel interindividual, sino también intergrupales). Desde la naturaleza humana se refutan las ideas del feminismo de género y se indica que existen claras diferencias entre hombres y mujeres, en cuanto se refiere a la forma de pensar, sentir o actuar. Cayendo de nuevo en la simplificación, el autor presenta una serie de argumentos para apoyar su tesis de las diferencias biológicas entre los sexos, comparando la vida humana con la de los primates y relacionando artificialmente la sexualidad humana con el poder, el trabajo o los sentimientos. La postura de Pinker se clarifica cuando al acercarse al problema social de las diferencias en el trato laboral entre hombres y mujeres, el autor elimina de un plumazo todos los trabajos críticos elaborados sobre este aspecto de la desigualdad de géneros y postula que no es preocupante, dado que las diferencias biológicas y psicológicas hacen que hombres y mujeres prefieran y aprecien trabajos distintos. Otro ejemplo clarificador lo proporciona cuando analiza la violación relacionándola con motivaciones sexuales —y por tanto biológicas— peculiares en los hombres y niega, de esta manera, cualquier relación con la socialización masculina en la violencia.

Referido a la educación de los hijos, Pinker defiende que todos los rasgos conductuales de los niños son hereditarios con excepción de la lengua o la religión. El autor critica la idea de que los padres sean los responsables exclusivos de la educación de sus hijos, relegando la importancia casi exclusiva de los genes. Aunque se salva de la crítica afirmando que la educación es una responsabilidad ética.

En el capítulo dedicado a las artes parte de la crítica a las formas artísticas impuestas por el modernismo y el postmodernismo, por dejarse llevar por la necesidad de innovar para adquirir reconocimiento social abandonando la búsqueda de la belleza por considerarla un objetivo superficial. Según Pinker, el problema del postmodernismo radica en que es incapaz de deconstruir sus propias pretensiones morales.

Aunque el libro está en todo momento impregnado de citas, teorías, estudios e investigaciones y aunque cualquier afirmación se intenta avalar desde el punto de vista empírico, existen muchas insuficiencias en la argumentación. La pretensión de abarcar desde un único punto de vista, el que proporciona la moderna sociobiología, cuestiones tan variadas y relacionadas con campos científicos muy diversos o, según los propios términos narrativos del texto, el intento de relacionar la ideología de la tabla rasa con todas las corrientes, teorías y manifestaciones humanas del siglo XX, hacen del libro un recorrido rápido y accidentado por la historia, la vida intelectual, la ideología y la forma de vida de la sociedad norteamericana.

El libro proporciona una información valiosa, escrita con buena pluma, sobre los argumentos con los que la sociobiología —en su vertiente de la psicología evolutiva— pervive en el mundo cultural norteamericano. La oportunidad de su rápida traducción al castellano en una editorial como Paidós, o su inclusión en determinadas bibliografías con fines docentes, da mucho que pensar sobre la pervivencia en nuestro medio de un enfoque biologicista, y en gran medida determinista, como el que representa la sociobiología y la falta de estudios históricos al respecto en nuestro contexto.

ALINA DANET
Universidad de Granada

